

de los otros, si sabemos que alguno trata la misma gente que otro. Es de veer como andan los estomagos en zelo, estamos obligados à andar acavallo una vez cada mes, aunque sea en pollino, por las calles publicas, y à ir en coche, una vez en el año, aunque sea en la arquilla, ò traiera: pero si alguna vamos dentro del coche; es de considerar, que siempre es en el estrivo, con todo el pesqueço de fuera, haziendo cortesias, porque nos vean todos, y hablando à los amigos, y conocidos, aunque miren à otra parte. Si nos come delante de algunas Damas, tenemos traça para rascarnos en publico, sin que se vea, si es en el muslo; contamos que vimos un soldado atravesado desde tal parte, y señalamos con las manos, aquellas que nos comen, rascandonos en vez de enseñarlas; si es en la Iglesia, y come en el pecho, nos damos Santus, aunque sea en el Introibo. Levantamonos, y arrimandonos à una esquina, en son de empinarnos para ver algo, nos rascamos. Que dirè del mentir? jamas se halla verdad en nuestra boca; encaxamos Duques y Condes en las conversaciones, unos por amigos, otros por deudos: y advertimos, que los tales señores, ò estan muertos, ò muy lexos. Y lo que mas es de notar, que nunca nos enamoramos sino de *Pane lucrando*, que veda la orden las Damas melindrosas, por lindas que sean, y assi siempre andamos en requesta con una bodegonera por la comida, con la huespeda por la posada, con la que abre los cuellos, por el que trae el hombre; y aunque comiendo tan poco, y beviendo tan mal no se puede cumplir con tantas, por su tanda, todas estàn contentas. Quien vè estas botas mias, como pensará, que andan cavalleras en las piernas en pelo, sin media, ni otra cosa? Y quien viere este cuello, porque ha de pensar, que no tengo camisa? Pues todo esto le puede faltar à un Cavallero (Señor Licenciado) pero cuello abierto, y almidonado, no. Lo uno, porque assi es gran ornato de la persona, y despues de haverle buuelto de una parte à otra, es de sustento, porque se ceba el hombre en el almidon, chupandole con destreza. Y alfin, Señor Licenciado, un Cavallero de nosotros ha tener mas faltas que una preñada de nueve meses, y con esto vive en la Corte. Yà se vèe en prosperidad, y con dineros, y yà se vèe en el hospital, pero ensin se vive, y el que se sabe vandear, es Rey, con poco que tenga. Tanto gustè de las estrañas maneras de vivir del hidalgo, y tanto me embevecì, que divertido con ellas, y con otras, me lleguè à pie hasta las Rozas, adonde nos quedamos aquella noche. Cenò conmigo el dicho hidalgo, que no traia blanca, y yo me hallava obligado à sus avisos, porque con ellos abrí los ojos à muchas cosas, inclinandome à la chirleria. Declarèle mis defeos antes que nos acostassemos, abraçome mil vezes, diciendo, que siempre esperò havian de hazer impressiõ sus razones en hombre de tan buen entendimiento. Ofreciõme favor (para introducirme en la Corte con los demàs Cofadres del Estafon) y posada en compaña de todos. Aceptela, no declarandole que tenia los escudos que llevaba, sino hasta cien reales solos: los quales bastaron con la buena obra que le havia hecho, y hazia, à obligarle à mi amistad. Comprèle del huesped tres agujetas, atacòse, dormimos aquella noche, madrugamos, y dimos con nuestros cuerpos en Madrid.

CAPITULO XIV.

De lo que me sucedió en la Corte luego que llegué, hasta que anocheció.

A Las diez de la mañana entramos en la Corte, fuímonos à apear de conformidad en casa de los amigos de Don Toribio. Llegamos à la puerta, y llamò, abrióse una vejeçuela muy pobremente abrigada, y muy vieja. Preguntò por los amigos, y respondió, que havian ido à bulcar. Estuvimos solos hasta que dieron las doze, passàndo el tiempo, el en animarme à la profession de la vida barata, y yo en atender à todo. A las doze y media entrò por la puerta una estantigua vestida de bayeta hasta los pies, mas raída que su verguença. Hablaronse los dos en Germania, de lo qual resultò darme un abraço, y ofrecerfeme. Hablamos un rato, y facò un guante con diez y seis reales, y una carta, con la qual (diziendo que era licencia para pedir para una pobre) los havia allegado: vació el guante, y facò otro, y doblòlos à usança de Medico. Yo le preguntè, que porque no se los ponía? y dixo; que por ser entrambos de una mano, que era treta para tener guantes. A todo esto notè, que no se desarreboçava, y preguntè (como nuevo para saber) la causa de estar siempre embuelto en la capa, à lo qual respondió: Hijo! tengo en las espaldas una gatera, acompañada de un remiendo de lanilla, y de una mancha de azeyte, este pedaço de reboço la cubre, y assi se puede andar: desarreboçose, y hallè, que debaxo de la sotana traya gran bulto, yo pensè que eran calças, porque eran à modo dellas, quando èl (para entrarse à espulgar) se arremangò y vi que eran dos rodajas de carton: que traía atadas à la cintura, y encaxadas à los muslos, de fuerte, que hazian apariencias debaxo del luto, porque el tal no traía camisa, ni greguescos, que apenas tenia que espulgar, segun andava desnudo. Entrò al espulgadero, y bolviò una tablilla como las que ponen en las Sacristias, que dezia: Espulgador ay; porque no entrasse otro. Grandes gracias di à Dios, viendo quanto diò à los hombres en darles industria, yà que les quitasse riquezas. Yo (dixo) mi buen amigo, vengo del camino con mal de calças, y assi me havrè de recoger à remendar. Preguntò si havia algunos retaços, y la vieja (que recogia trapos dos dias en la semana por las calles, como las que tratan en papel, para curar incurables cosas de los Cavalleros) dixo que no, y que por falta de trapos se estava quinze dias havia en la cama de mal de ropilla, Don Lorenço Iniguez del Pedroso. En esto estavamos, quando vino uno con sus botas de camino, y su vestido pardo, con un sombrero, prendidas las faldas por los dos lados: supo mi venida de los demás, y hablòme con mucho afecto; quitòse la capa, y traía (mire vuese merced quien tal pensara) la ropilla de paño pardo la delantera, y la trasera de lienço blanco, con sus fondos en sudor. No pude tener la risa, y èl con gran dissimulacion dixo:

Haràse

Haràse à las armas, y no se reirà, y apostarè que no sabe porque traigo este sombrero con la falda prefa arriba? Yo dixè, que por galanteria, y por dar lugar à la vista; antes por efforvarla (dixo) sepa, que es porque no tiene toquilla, y que assi no lo echan de ver. Y diziendo esto, sacò mas de veinte cartas, y otros tantos reales, diziendo, que no havia podido dar aquellas; traia cada una un real de porte, y eran hechas por èl mismo; ponìa la firma de quien le parecia; escribìa nuevas, que inventava, à las personas mas honradas, y davalas en aquel trage, cobrando los portes, y esto hazìa cada mes: cosa que me espantò ver la novedad de la vida. Entraron luego otros dos, el uno con una ropilla de paño, larga hasta medio valon, y su capa de lo mismo, levantado el cuello, porque no le viesse el angeo; que estava roto. Los valones eran de chamelote, mas no eran mas de lo que se descubrian, y lo demàs de bayeta colorada. Este venìa dando voces con el otro, que traya valona, por no traer cuello, y unos frascos, por no traer capa, y una muleta, con una pierna liada entrambos, y pellejos, por no tener mas de una calça. Haziafe soldado, y haviàlo sido, pero malo, y en partes quietas: contava estraños servicios suyos, y à titulo de soldado entrava en qualquiera parte. Dezia el de la ropilla, y casi greguescos. La mitad me deveis, ò por lo menos mucha parte, sino me la dais, juro à Dios. No jure à Dios (dixo el otro) que en llegando à casa no soy coxo, y os darè con esta muleta mil palos. Si dareis, no dareis, y con los mentises acostumbrados, arremetiò el uno al otro, y assiendose, se salieron con los pedaços de los vestidos en las manos à los primeros estirones. Metimostros en paz, y preguntamos la causa de la pendencia. Dixo el soldado: A mi chanças? no llevareis ni medio. Han de saber Vs. M. que estando en San Salvador, llegò un niño à este pobrete, y le dixo, que si era yo el Alferz Juan de Lorençana, y dixo que si, atento à que le viò no sè que cosa, que traya en las manos. Levòmele, y dixo (nombrandome Alferz) mire vueffa merced que le quiere este niño, y como le entendì, dixè que yo era, recibi el recado, y con el doze pañucelos, y respondi à su madre, (que los embiava à alguno de aquel nombre,) pideme aora la mitad, y antes me harè pedaços, que tal dè, todos los han de romper mis narizes. Juzgòse la causa en su favor, solo se le contradixo el sonar en ellos, mandandole, que los entregasse à la vieja, para honrar la comunidad, haziendo dellos unos remates de mangas que se viesse, y representassen camisas, que el sonarse està vedado. Llegò la noche, acostamonos tan juntos, que pareciamos herramienta en estuche. Passòse la cena de claro en claro: no se desnudaron los mas, que con acostarse como andavan de dia, cumplieron con el precepto de dormir en cueros.

CAPITULO XV.

En que se prosigue la materia comenzada, y otros raros sucesos.

A Maneciò el Señor, y pusimonos todos en arma: yà estava yo tan hallado con ellos, como si todos fuéramos hermanos (que esta facilidad, y aparente dulçura se halla siempre en las cosas malas.) Era de ver à uno ponerse la camisa de doze vezes, dividida en doze trapos, diciendo una oracion à cada uno, como à Sacerdote que se viste; à qual se le perdía una pierna en los callejones de las calças, y la venía à hallar adonde menos convenia assomada. Otro pedía guia para ponerse el jubon, y en media hora no se podía averiguar con èl. Acabado esto, que no fue poco de ver, todos empuñaron aguja, y hilo, para hazer un punteado en un rasgado, y otro. Qual para culcufirse debaxo del brazo, estirandole se hazia L. uno hincado de rodillas, remedava un cinco de guarismo, socorria à los cañones. Otro por plegar las entrepiernas, metiendo la cabeça entre ellas, se hazia un ovillo. No pintò tan estrañas posturas Bosco, como yo vi, porque ellos cofian, y la vieja les dava los materiales, trapos, y arrapiegos de diferentes colores, los quales havia traído el Sabado. Acabòse la hora del remiendo, (que assi la llamavan ellos,) y fueronse mirando unos à otros lo que quedava mal parado. Determinaron irse fuera, y yo dixè, que queria traçafsen mi vestido, porque queria gastar los cien reales en uno, y quitarme en la sotana. Eßo no (dixeron ellos) el dinero se dè al deposito, y vistamosle de lo reservado luego, y señalemosle su diocesi en el Pueblo, adonde èl solo busque, y apolille. Pareciòme bien, depositè el dinero, y en un instante de la sotana me hizieron ropilla de luto de paño, y acortando el herreruelo quedò bueno; lo que sobrà del trocaron à un sombrero reteñido, pusieronle por toquilla unos algodones de tintero muy bien puestos; el cuello, y los valones me quitaron, y en su lugar me pusieron unas calças atacadas con cuchilladas no mas de por delante, que lados, y traferas eran unas camuças; las medias calças de seda aun no eran medias, porque no llegavan mas de quatro dedos mas abaxo de la rodilla, y estos quatro dedos cubria una bota justa sobre la media colorada, que yo traía. El cuello estava todo abierto de puro reto, pusieronmele, y dixeron: El cuello està trabajoso por detras, y por los lados, vueßa merced si le miraren, ò no, ha de ir bolviendose con èl, como la flor del Sol, si fueren dos, y miraren por los lados, saque pies, y para los de atras, traiga siempre el sombrero caido sobre el cogote, desuerte, que la falda cubra el cuello, y descubra toda la frente; y al que preguntare, que porque anda assi, respondele, que porque puede andar la cara descubierta por todo el mundo. Dieronme una caja con hilo negro y blanco, seda, cordel, y aguja, dedal, paño, lienço, raso, y otros retacillos, y un cuchillo. Pusieronme una escudilla en la preti-

pretina, y esca, y eslabon en una bolsa de cuero, diciendo: con esta caxa puede ir por todo el mundo, sin haver menester amigos, ni deudos, en esta se encierra todo nuestro remedio, tome, y guardela. Señalaronme por quartel, para buscar mi vida, el de San Luis, y allí empecè mi jornada, saliendo de casa con los otros, si bien por ser nuevo me dieron (para empear la estafa) como à Missa cantano, por padrino el mismo que me traxo, y convirtiò. Salimos de casa con passo tardo, los Rosarios en la mano; tomamos el camino para mi barrio señalado. A todos haziamos cortesia, à los hombres quitavamos el sombrero, deseando hazer lo mismo à sus capas. A las mugeres haziamos reverencias, que se huelgan con ellas, y las paternidades mucho mas. A uno dezia mi buen ayo: mañana me traen dineros; à otro, aguardeme vueſſa merced un dia, que me trae en palabras el Banco. Qual le pedia la capa, qual le dava prieffa por la pretina, en lo qual conoci que era tan amigo de sus amigos, que no tenia cosa fuya. Andavamos haziendo culebra de una azera à otra, por no topar con casas de deudores. Yà le pedia uno el alquiler de la casa, otro el de la espada, y otro el de las sabanas, y camisas; de manera, que echè de ver que era Cavallero de alquiler, como mula. Sucediò, pues, que viò desde lexos un hombre que le sacava los ojos (segun dixo) por una deuda, mas no podia el dinero: y porque no le conocieſſe, soltò detras de las orejas el cabello, que traia recogido, y quedò Nazareno entre Veronico, y Cavallero lanudo: plantòle un parche en un ojo, y pusoſe à hablar Italiano conmigo. Esto pudo hazer mientras el otro venia (que no le havia visto,) por estar ocupado en chismes con una vieja, digo de verdad, que vi al hombre dar bueltas al rededor, como perro que se queria echar; haziaſe mas Cruces que un Enſalmador, y fueſe diciendo, JESUS, pensè que era èl, à quien bueyes ha perdido, &c. Yo me moria de risa de veer la figura de mi amigo; entròſe en un soportal à recoger la melena, y el parche, y dixo: Estos son los adereços de negar deudas, aprended hermano, que vereis mil cosas destas en el Pueblo. Passamos adelante, y en una esquina, por ser de mañana, tomamos dos tajadas de letuario, y agua ardiente de una picarona, que nos lo diò de gracia, despues de dar el bien venido à mi adeſtrador, dixome: Con esto vaya el hombre descuidado de comer oy; por lo menos esto no puede faltar. Afligime yo, considerando, que aun teniamos en duda la comida, y repliquèle afligido por parte de mi estomago, à lo qual respondiò: Poca Fè tiene con la religion, y orden de los caminos: no falta el Señor à los cuervos, ni à los grajos, ni aun à los escrivanos, y havia de faltar à los traspillados? Poco estomago teneis; verdad es (dixe,) pero temo tener aun menos, y nada en èl. Estando en esto, diò un relox las doze, y como yo era nuevo en el trato, no les cayò en gracia à mis tripas el letuario, y tenia hambre como si tal no huviera comido. Renovada, pues, la memoria, bolvime al amigo, y dixè: Hermano, esto del hambre, es recio noviciado, estava hecho el hombre à comer mas que un fabañon, y hanme metido à vigiliyas: si vos no la teneis, no es mucho, que criado con hambre desde niño (como el otro Rey con cicutà) os sustenteis yà con ella: no os veo

hazer diligencia vehemente para mascar, y assi yo determino hazer la que pudiere. Cuerpo de Dios (replicò) con voz, pues dan aora las doze, y tanta priessâ? Tencis muy puntuales ganas, y han menester llevar en paciencia algunas pagas atraçadas; no sino comer todo el dia, que mas hazen los animales? No se escribe que jamas cavallero nuestro aya tenido camaras, que antes de puro mal proveídos no nos proveemos. Yà os he dicho, que à nadie falta Dios, y si tanta priessâ teneis, yo me voy à la sopa de S. Geronimo, adonde ay aquellos frayles de leche, como capones, y alli harè el buche, si vos quereis seguirme, venid, y si no, à sus aventuras cada uno. A Dios (dixe yo,) que no son tan cortas mis faltas, que se ayan de suplir con sobras de otros, cada uno eche por su calle. Mi amigo iba pisando tiefo, y mirandose à los pies; sacò unas migajas de pan (que traya para el efeto siempre en una caxuela,) y derramòfelas por la barba, y vestido; de suerte que parecia haver comido: yo iba toffiendo, y escarbando por diffimular mi flaqueza, limpiandome los bigotes, arreboçado, y la capa sobre el ombro izquierdo, jugando con el Dezenario, que lo era, por no tener mas de diez cuentas. Todos los que me veían me juzgavan por comido, y si fuera de piojos, no erràran. Iva yo confiado en mis escudillos, aunque me remordia la conciencia el ser contra la orden, comer à su costa, quien vive de tripas horras en el mundo: yà iba determinado à quebrar el ayuno. Lleguè con esto à la esquina de la calle de San Luis, adonde vivia un pastelero, affomavase uno de à ocho tostado, y con el resuello del horno tropeçòme en las narizes, y al instante me quedè (del modo que andava) como perro perdiguero; puesto en el los ojos le mirè con tanto ahinco, que se secò el pastel como un ajojado. Alli eran de contemplar las traças que yo dava para hurtarle. Resolviamè otra vez à pagarlo. En esto diò la una, angustiamè demanera, que me determinè de çamparme en un bodegon. Yo que iba haziendo punta à uno, (Dios que lo quiso,) topò conmigo un Licenciado Flechilla amigo mio, que venia aldeando por la calle abaxa, con mas barros que la cara de un languino, y tantos rabos, que parecia un chirrion. Arremetiò à mi en viendome (y segun estava, fue mucho conocerme) yo le abraçè, preguntome como estava, dixele luego. Señor Licenciado, que de cosas tengo que contarle, solo me pesa, que me he de ir esta noche. Ezzo me pesa à mi, y sino fuera tarde, y ir con priessâ à comer, me detuviera, porque me aguarda una hermana cassada, y su marido. Que aqui està mi Señora Ana? aunque lo dexe todo vamos, que quiero hazer lo que estoy obligado. Abri los ojos en oyendo que no havia comido, fuyme con èl, y empecèle à contar, que una mugercilla (que el havia querido mucho en Alcalà,) sabia yo donde estava, y que le podia dar entrada en su casa. Pegòsele luego al alma el embite (que fue industria tratarle de cosas de gusto.) Llegamos tratando en ello à su casa, entramos, yo me ofreci mucho à su cuñado, y hermana, y ellos no persuadiendose à otra cosa sino à que yo venia combidado por venir à tal hora, començaron à dezir, que si lo supieran que havian de tener tan buen huesped, que huvieran prevenido algo; yo cogi la

ocasion, y combidème, diciendo, que era de casa, y amigo viejo, y que se me hiziera agravio en tratarme con cumplimiento. Sentaronse, y sentème: y porque el otro lo llevasse mejor (que ni me havia comidado, ni le pasava por la imaginacion,) de rato en rato le pegava con la moçuela, diciendo, que me havia preguntado por èl, y que le tenia en el alma, y otras mentiras deste modo, con lo qual llevaba mejor el verme engullir; porque tal destrozo como yo hize en el ante, no lo hiziera una bala en el de un coletto. Vino la olla, y comimela en dos bocados casi toda, sin malicia, pero con priessa tan fiera, que parecia que aun entre los dientes no la tenia bien segura. Dios es mi padre, que no come un cuerpo mas presto el monton de la Antigua de Valladolid, (que le deshaze en veinte y quatro horas,) que yo despachè el ordinario, pues fue con mas priessa que un extraordinario Correo. Ellos bien devian notar los fieros tragos del caldo, y el modo de agotar la escudilla, la persecucion de los huesfos, y el destrozo de la carne. Y (si vâ à dezir la verdad) entre burla, y juego empedrè la faltriguera de mendrugos. Levantòse la mesa, apartamonos yo, y el Licenciado à hablar de la ida en casa de la dicha, la qual le facilitè mucho, y estando hablando con èl à una ventana, hize que me llamavan de la calle, y dixè: A mi Señor? yâ baxò. Pedile licencia, diciendo, que luego bolveria, quedòme aguardando hasta oy, que desapareci, por lo del pan comido, y la compania deshecha. Topòme otras muchas vezes, y disculpème con èl, contandole mil embustes, que no importan para el caso. Fuime por las calles de Dios, lleguè à la Puerta de Guadalaxara, y sentème en un banco de los que tienen à sus puertas los Mercaderes. Quiso Dios que llegaron à la tienda dos (de las que piden prestado sobre sus caras,) tapadas de medio ojo, con su vieja, y pajecillo. Preguntaron si havia algun terciopelo de labor extraordinaria. Yo empecè luego (para travar conversacion,) à jugar del vocablo del tercio, y pelado; y pelo, y à pelo, y por peli, y no dexè huesfo sano à la razon. Senti, que les havia dado mi libertad algun seguro de algo de la tienda, y como quien aventurava à no perder nada, ofrecilas lo que quisiessen. Regatearon, diciendo, que no tomavan de quien no conocian. Yo me aprovechè de la ocasion, diciendo, que havia sido atrevimiento ofrecerlas nada; pero que me hiziesen merced de aceptar unas telas, que me havian traïdo de Milan, que à la noche llevaria un page (que dixè que era mio, por estar enfrente aguardando à su amo, que estava en otra tienda, por lo qual estava descaperuçado.) Y paraque me tuviesen por hombre de partes, y conocido, no hazia sino quitar el sombrero à todos los Oidores, y Cavalleros que passavan; y sin conocer à ninguno les hazia cortesia, como si los tratara familiarmente. Ellas juzgaron (con esto, y con un escudo de oro que yo saquè de los que traïa, con achaque de dar limosna à un pobre, que me la pidio,) que yo era un gran Cavallero. Pareciòles irse, por ser ya tarde: y assi me pidieron licencia, advirtiendome con el secreto que havia de ir el page. Yo las pedì por favor, y como en gracia, un Rosario engargado en oro, que llevaba la mas bonita dellas, en prendas de que las havia de ver à otro dia, sin falta. Regatea-

ron darme; yo los ofreci en prenda los cien escudos, y dixerónme su casa: y con intento de estafarme en mas, se fiaron de mi, y preguntaronme la posada, diziendome, que no podia entrar page en la fuya à todas horas, por ser gente principal. Yo las llevè por la calle mayor, y al entrar en la de las carretas, escogi la casa, que mejor, y mas grande me pareció, que tenia un coche sin cavallos à la puerta. Dixelàs; que aquella era; y que alli estava ella, el coche, y dueño para fervirlas. Nombreme Don Alvaro de Cordova, y entrème por la puerta delante de sus ojos. Y acuerdome, que quando salimos de la tienda, llamè uno de los pages (con grande autoridad,) con la mano; hize que le dezia que se quedassen todos; y que me aguardassen alli; y verdad es que le preguntè, si era criado del Comendador mi Tio, dixo, que no: y con tanto, acomodè los criados ajenos, como buen Cavallero. Llegò à la noche obscura, y acogimonos à casa todos. Entrè, y hallè al foldado de los trapos, con una hacha de cera que le dieron, para que acompañasse à un difunto, y se vino con ella. Llamavase este, Magazo, que era natural de Olias. Avia sido Capitan en una Comedia, y se havia combatido con Moros en una dança. Quando hablava con los de Flandes, dezia que havia estado en la China, y à los de la China, en Flandes. Tratava de formar un campo, y nunca supo fino espulgar se en èl. Nombra va Castillos, y apenas los havia visto en los ochavos. Celebrava mucho la memoria del Señor Don Juan, y oyle dezir muchas vezes de Luis Quixada, que havia sido honrado amigo. Nombra va Turcos, Galeones, y Capitanes, todos los que havia leydo en unas coplas que andavan desto. Y como èl no sabia nada de mar (porque no tenia nada de naval, mas de comer navos,) dixo, (contando la batalla que havia tenido el Señor Don Juan en Lepanto,) que aquel Lepante fue un Moro muy bravo. Como no sabia el pobrete que era nombre del mar, passavamos con èl lindos ratos. Entrò luego mi compañero, deshechas las narizes, y toda la cabeça entrapajada, y lleno de sangre, y muy suzio. Preguntamoste la causa, y dixo, que havia ido à la sopa de San Geronimo, y que pidió porcion doblada, diziendo; que era para unas personas honradas, y pobres. Quitaronfela à los otros mendigos, para darsela, y ellos con el enojo figuieronle, y vieron que en un rincon detras de la puerta estava forbiendo con gran valor. Sobre si era bien hecho engañar por engullir; y quitar à otros para si, se levantaron voces, y tras ellas palos; y tras los palos chichones, y tolondrones en su pobre cabeça. Embistieronle con dos jarros; y el daño de las narizes se le hizo uno con una escudilla de madera, que se la diò à oler con mas priessa que convenia. Quitaronle la espada; à las voces saliò el Portero, y aun no los podia meter en paz. En fin se viò en tanto peligro el pobre hermano, que dezia. Yo bolverè lo que he comido, y aun no bastava, porque yà no reparavan, sino en que pedia para otros, y no se preciava de sopon. Mirèn el todo trapos, como muñeca de niños, mas triste que pasteleria en Quaresma, con mas agugeros que una flauta, y mas remiendos que una pia, y mas manchas que un jaspe, y mas puntos que un libro de musica, (dezia un Estudianton, destos de la capacha, gorrónazo) que ay
hombre

hombre en la sopa del bendito Santo, que puede ser Obispo, ò otra qualquier dignidad, y se afrenta un Don Peluche de comer, graduado foy de Bachiller en Artes por Siguença. Metiòse el Portero de por medio, viendo que un vejuelo que alli estava, dezia : Que aunque acudia al brodio, era descendiente del gran Capitan, y que tenia deudos. Aqui lo dexò, porque el compañero estava yà fuera desluprenfando los hueffos.

CAPITULO XVI.

En que prosigue la misma materia, hasta dar con todos en la Carcel.

ENtrò Merlo Diaz, hecha yà pretina una farta de bucaros, y vidrios; los quales, pidiendo de beber en los tornos de las Monjas; havia agarrado con poco temor de Dios. Mas facòle de la puja Don Lorenzo del Pedroso; el qual entrò con una capa muy buena; la qual avia trocado en una mesa de trucos à la fuya, que no se la cubria pelo al que la llevò, por ser desbarbada. Usava este quitarle la capa, como que queria jugar, y ponerla con las otras. Y luego (como que no hazia partido) iba por su capa, y tomava la que mejor le parecia, y saliafe. Usavalo en los juegos de argolla, y bolos. Mas todo fue nada para ver entrar à Don Cosme, cercado de muchachos con lamparones, cancer, y lepra, heridos, y mancos, el qual se havia hecho Enfalmador, con unas santiguaduras, y oraciones que havia aprendido de una vieja. Ganava este por todos, porque si el que venia à curarse no traya bulto debaxo de la capa, no fornava dinero en la faltriguera, ò no piavan algunos capones, no havia lugar. Tenia affolado medio Reyno; hazia creer quanto queria, porque no ha nacido tal Artifice en el mentir, tanto, que aun por descuido no dezia verdad. Hablaba del Niño JESUS; entrava en las casas con *Deo gracias*; dezia, lo del Espiritu Santo sea con todos; traya todo ajuar de hipocrita; un Rosario con unas cuentas frifonas. Al descuido hazia que se le viesse por debaxo la capa un troço de disciplina, salpicada con sangre de narizes. Hazia creer (concomiendose,) que los piojos eran silicios; y que la hambre canina, era ayuno voluntario: Contava tentaciones. En nombrando al demonio, dezia, Dios nos libre, y nos guarde. Besava la tierra al entrar en la Iglesia: Llamavase indigno. No levantava los ojos à las mugeres, pero las faldas si. Con estas cosas traya el Pueblo tal, que se encomendavan à el; y era propiamente como encomendarse al diablo; porque à mas de ser jugador, era cierto (assi se llama el que por mal nombre Fullero.) Jurava el nombre de Dios, unas vezes en vano, y otras en vazio. Pues en lo que toca à mugeres, tenia sus hijos, y preñadas dos santeras. Al fin, de los Mandamientos de Dios, los que no quebrava, vendia: Vino Polanco haziendo gran ruido, y pidiò sacò pardo, Cruz grande, barba larga postiza, y campanilla. Andava de noche desta suerte, diziendo: Acordaos de la muerte, y

hazed bien à las Animas, &c. Con esto cogia mucha limosna, y entravase en las casas que veyá abiertas, y fino havia testigos, ni estorvo, robava quanto topava. Si le hallava, tocava la campanilla, y dezia (con una voz que él fingia muy penitente.) Acordaos hermanos, &c. Todas estas traças de hurtar, y modos extraordinarios, conoci por espacio de un mes en ellos. Bolvamos aora à que les enseñè el Rosario, y contè el cuento. Celebraron mucho la traça, y recibìole la vieja por su quenta, y razon, para venderle; la qual se iba por las casas, diziendo, que era de una donçella pobre, y q̄ se deshazia dèl para comer; y yà tenia para cada cosa su embuste, y su trapaça. Llorava la vieja à cada passo; enclavijava las manos, y suspirava de lo amargo, llamava hijos à todos; traya (encima de muy buena camisa; jubon, ropa, saya, y manteo) un saco de sayal roto, de un amigo Hermitaño que tenia en las cuevas de Alcalà. Esta gobernava el hato, aconsejaba, y encubria. Quiso pues el diablo (que nunca està ocioso en cosas tocantes à sus siervos,) que yendo à vender no sè que ropa, y otras cosas à una casa, conoció uno no sè que hacienda fuya; traxo un Alguacil, y agarraronme à la vieja, que se llamava la madre Lebrulca, y confesò luego todo el caso, y dixo como viviamos todos, y que eramos Cavalleros de rapina. Dexòla el Alguacil en la carcel, y vino à casa, y hallò en ella à todos mis compañeros, y à mi con ellos. Traìa media dozena de Corchetes (verdugos de à pie,) y diò con todo el Colegio Buscon en la carcel, adonde se viò en gran peligro la Cavalleria.

CAPITULO XVII.

En que se describe la Carcel, y lo que sucediò en ella, hasta salir, la vieja agotada; los compañeros à la verguença y yo en fiado.

A Cada uno en entrando nos echaron dos pares de grillos, y fumieronnos en un calabozo. Yo que me vi ir allà, aprovechème del dinero que traìa conmigo, y sacando un doblon, dixè al carcelero: S. ñor, oigame vueſſa merced en secreto; y para que lo hizisſe, dile escudo como cara, y en viendolo me apartò. Suplicole à vueſſa merced (le dixè,) que se duela de un hombre de bien. Busquèle las manos, y como sus palmas estavan hechas à llevar semejantes dardiles, cerrò con los dichos veinte y quatro, diziendo: Yo averiguarè la enfermedad, y fino es urgente, baxará al cepo. Yo conoci la defecha, y respondile humilde: dexòme fuera, y à los amigos descolgaronlos abaxo. Dexo de contar la rifa tan grande, que en la carcel, y por las calles havia con nosotros, porque como nos traian atados, y à empellones; unos sin capas, y otros con ellas arrastrando; eran de veer unos cuerpos pias remendados, y otros aloques de tinto, y blanco. Aquel, por affirle de alguna parte segura (por estar todo tan manido,) le

agarrava el corchete de las puras carnes, y aun no hallava de que affir, segun los tenia roídos la hambre. Otros ivan dexando à los corchetes en las manos los pedaços de ropillas, y greguescos. Al quitar la foga en que venian enfiartados, se salian pegados los andrajos. Al fin yo fui (llegada la noche,) à dormir en la sala de los linages. Dieronme mi camilla; era de veer dormir algunos embaïnados, sin quitarse nada de lo que traian de dia; otros desnudarse de un golpe todo quanto traian encima, quales jugavan, y al fin cerrados, se matò la luz. Olvidamos todos los grillos: Estava el servicio à mi cabecera, y à la media noche no hazian sino venir presos, y soltar presos. Yo que oí el ruido, al principio (pensando que eran truenos,) empecè à turbarme; mas viendo que olian mal, echè de veer, que no eran truenos de buena casta. Olian tanto, que por fuerza detenía las narizes en la cama. Unos traian camaras, y otros aposentos. Al fin yo me vi forçado à dezirles, que mudassen à otra parte el vidriado; y sobre si le viene muy ancho, ò no, tuvimos palabras. Usè el oficio de Adelantado (que es mejor serlo de un cachete, que de Castilla,) y metile à uno media pretina en la cara: El por levantarse apriessa, le derramò, y al ruido despertò el concurso. Assavamonos alli à pretinaços à oscuras, y era tanto el olor, que huvieron de levantarse todos. Con esto se alçaron grandes gritos, y el Alcaide, sospechando que se le ivan algunos vassallos, subió corriendo, armado, con toda su cuadrilla. Abrió la sala, entrò luz, y informòse del caso. Condenaronme todos, y yo me disculpava con dezir, que en toda la noche no me havian dexado cerrar los ojos, à puro abrir los fuyos. El carcelero, pareciendole, que por no dexarme çabullir en el horado, le daria otro doblon, assiò del caso, y mandòme baxar alla. Determinème à consentir, antes que à pellizcar el talego, mas de lo que estava. Fuy llevado abaxo, donde me recibieron con mucha arborbola, y plazer los camaradas, y amigos. Dormì aquella noche algo desabrigado: Amaneciò el Señor, y salimos del calabozo. Vimonos las caras, y lo primero que nos fue notificado, fue dar para la limpieza (y no de la Virgen sin mancilla,) so pena de culebrazo fino. Yo di luego seis reales; mis compañeros no tenian que dar, y assi quedaron remitidos para la noche. Havia en el calabozo un moço tuerto, alto, abigotado, mohino de cara, cargado de espaldas, y de açotes en ellas, traia mas hierro, que Bizcaya, dos pares de grillos, y una cadena de portada. Llamavanle el Jayan; dezia que estava preso por cosas de ayre: y assi sospechè yo que era por algunos fuelles, chirimias, ò abanillos. Y à los que le preguntavan, si era por algo desto; respondia, que no, sino por pecados de atrás, y pensè que por cosas viejas queria dezir, y al fin averiguè, que por puto. Quando el Alcaide le reñia por alguna travessura; le llamava botiller del verdugo, y depositario general de culpas. Otras vezes le amenaçava, diciendo; que te arriegas pobrete con el que te ha de hazer humo? Dios es Dios, que te vendimie de camino. Havia confessado esto, y era tan maldito, que travamos todos con carlanças las traferas, como mastines, y no havia quien ofasse ventosear, de miedo de acordarle donde tenia las assentaderas. Este hazia amistad con otro, que llamavan Robledo, y por

otro nombre el trepado. Dezia que estava preso por liberalidades; y apurado, eran de manos, en pescar lo que topava. Havia sido mas açotado que postillon, porque todos los verdugos havian probado la mano en èl. La cara tenia con tantas cuchilladas, que à descubrirse puntos, no se la ganara un flux: Tenia nones las orejas, y pegadas las narizes, aunque no tan bien como la cuchillada, que se las partia. A estos se llevavan otros quatro hombres (rapantes como Leones de armas;) todos agrillados, y condenados al hermano de Romulo. Dezian ellos, que presto podrian dezir, que havian servido à su Rey por mar, y por tierra. No se podia creer la notable alegria con que aguardavan su despacho. Todos estos mohinos de veer, que mis compañeros no contribuian, ordenaron à la noche de darles culbraço bravo, con una foga dedicada al efecto. Vino la noche, fuimos ahuchados à la postrera faltiguera de la casa; mataron la luz; yo metime luego debaxo la tarima. Empeçaron à silvar dos dellos, y otro à dar fogazos. Los buenos Cavalleros (que vieron el negocio de rebueita,) se apretaron de manera las carnes (ayunas, cebadas, comidas, y almorçadas de farna, y piojos,) que cupieron todos en un resquicio de la tarima. Estavan como liendres en cabellos, ò chinches en cama: sonavan los golpes en la tabla; callavan los dichos. Los bellacos, viendo que no se quezavan, dexaron el dar açotes, y empeçaron à tirar ladrillos, piedras, y cascote que tenian recogido. Allí fue ella, que uno le hallò el cogote à Don Toribio, y le levantò una pantorrilla en èl de dos dedos. Començò à dar voces, que le matavan: Los bellacos, porque no se oyessen sus aullidos, cantavan todos juntos, y hazian ruido con las prisiones. El, por esconderse, assiò de los otros para meterse debaxo. Allí fue el veer como con la fuerça que hazian, les sonavan los hueffos, como tablillas de San Lazaro. Acabaron su vida las ropillas; no quedava andrajo en pie; menudeavan tanto las piedras, y cascotes, que dentro de poco tiempo tenia el dicho Don Toribio mas golpes en la cabeça, que una ropilla abierta; y no hallando ningun remedio contra el granizo que sobre èl llovía, viendose cerca de morir martir (sin tener cosa de santidad, ni aun de bondad;) dixo, que le dexassen salir, que èl pagaria luego, y daria sus vestidos en prendas. Consintieronsele, y à pesar de los otros, que se defendian con èl, descalabrado, y como pudo, se levantò, y passò à mi lado. Los otros, por presto que acordaron à prometer lo mismo, yà tenian las chollas con mas tejas, que pelos. Ofrecieron, para pagar la patente, sus vestidos, haziendo cuenta, que era mejor estarse en la cama por desnudos, que por heridos, y assi aquella noche los dexaron estar, y à la mañana les pidieron que se desnudassen. Desnudaronse, y se hallò, que de todos sus vestidos juntos; no se podia hazer una mecha à un candil. Quedaronse en la cama, digo, embueltos en una manta; la qual era, la que llamavan ruana, que es donde se espulgan todos. Empezaron luego à sentir su abrigo, porque havia piojo con hambre canina; y otro, que con un bocado de uno dellos, quebrava ayuno de ocho dias. Havia los friones, y otros, que se podian echar à la oreja de un toro. Pensaron aquella

mañana ser almorçados dellos. Quitaronse la manta, maldiziendo su fortuna, deshaziendose à puras uñadas. Yo me sali del calabozo, diziendo, que me perdonassen, fino les hazia mucha compañia, porque me importava el no hazerfela. Tornè à repassarle las manos al carcelero con tres de à ocho; y sabiendo quien era el Escrivano de la causa, embièle à llamar con un picarillo. Vino, metile en un aposento, y empecèle à dezir (despues de haver tratado de la causa,) como yo tenia no sè que dinero; supliquèle me lo guardasse, y en lo que huviesse lugar favoreciesse la causa de un Hidalgo desgraciado, que por engaño havia incurrido en tal delito. Crea vueessa merced dixo (despues de haver pescado la mofca,) que en nosotros està todo el juego; y que si uno dà en no ser hombre de bien, puede hazer mucho mal. Mas tengo yo en galeras de balde, por mi gusto, que ay letras en el processo: Fiese de mi, y crea, que le sacarè à paz, y à salvo. Fuese con esto, y bolviòse desde la puerta à pedirme algo, para el buen Diego Garcia el Alguacil, que importava acallarle con mordaça de plata; y apuntòme no sè que del Relator, para ayuda de comerse clausula entera. Dixo: un Relator, Señor, con arquear las cejas, levantar la voz, dar una patada para hazer atender al Alcalde divertido, (que las mas vezes lo està) hazer una accion, destruye un Christiano. Dime por entendido, y añadi otros cinquenta reales. Y en pago me dixo, que endereçasse el cuello de la capa, y dos remedios para el catarro, que tenia de la frialdad de la carcel: y ultimamente me dixo: Ahorre de pesadumbre, que con ocho reales que le dè al Alcaide, le aliviarà; que esta es gente que no haze virtud, fino por interes. Cayòme en gracia la advertencia: Alfin èl se fue, y yo di al carcelero un escudo; quitòme los grillos; dexavame entrar en su casa. Tenia una Ballena por muger, y dos hijas del diablo, feas, y necias, y de la vida, à pesar de sus caras. Sucediò, que el carcelero (que se llamava tal Blandones de S. Pablo, y la muger doña Ana Moraez,) vino à comer estando yo allí, moy enojado, y bufando, no quiso comer. La muger rezelando alguna gran pesadumbre, se llegò à el, y le enfadò tanto con las acostumbres importunidades, que dixo: Que ha de ser, si el bellaco ladron de Almendros el Aposentador me ha dicho (teniendo palabras con èl sobre el arrendamiento,) que vos no sois limpia? Tantos rabos me ha quitado el bellaco; (dixo ella.) Por el figlo de mi abuelo, que no sois hombre, pues no le pelastes las barbas. Llamò à sus criados que me limpien? Y bolviendose à mi dixo: Vale Dios, que no me podrà dezir Judia como èl, que dè quatro quartos que tiene, los dos son de villano, y los otros ocho maravedis de Hebreo. A fee Señor Don Pablos, que si le oyera, que yo le acordara que tiene las espaldas en el aspa de S. Andres. Entonces muy affligido el Alcaide, replicò: Ay muger! que callè, porque dixo; que en esta teniades vos dos, ò tres madexas; que lo suzio no os lo dixo por lo puerco, fino por el no le comer. Luego Judia dixo que era? Y con esta paciencia lo dezis buenos tiempos. Assi sentis la honra de Doña Ana Moraez, hija de Estevania Rubio, y Juan de Madrid, que sabe Dios, y todo el mundo? Como hija (dixe yo) de Juan

de Madrid? De Juan de Madrid (respondió ella) el de Añón. Voto à N: que el bellaco que tal dixo, es un Judio, puto, y cornudo. Y bolviendome à ellas, dixe: Juan de Madrid mi Señor, (que esté en el cielo,) fue primo hermano de mi padre, y daré yo probança de quien es, y como, y esto me toca à mi; y si falgo de la carcel, yo le haré desdezir cien vezes al bellaco. Executoria tengo en el Pueblo tocante à entrambos, con letras de oro. Alegaronse mucho todos con el nuevo pariente, y cobraron animo con lo de la Executoria, y ni yo la tenia, ni sabia quienes eran. Començò el marido à quererse informar del parentesco por menudo; y porque no me cogiesse en mentira, hize que me salia de enfado, votando, y jurando. Tuvieronme, diciendo, que no se tratasse, ni pensasse mas en ello. Yo de rato en rato salia, muy al descuido, diciendo: Juan de Madrid? Burlando es la probança que oy tengo fuya. Otras vezes dezia: Juan de Madrid el mayor, fu padre de Juan de Madrid, fue casado con Ana de Azevedo la gorda, y callava otro poco. Al fin con estas cosas el Alcaide me dava de comer, y cama en su casa; y el buen Escrivano (solicitado del, y cohechado con el dinero) lo hizo tan bien, que sacaron la vieja delante de todos en un palafren pardo à la brida, con un mucico de culpas delante. Era el pregon este: A esta muger por ladrona: Llevavale el compàs en las costillas el verdugo, segun lo que le havian recitado los Señores de los ropones. Seguian luego todos mis compañeros, en los oberos de echar agua, sin sombreros, y las caras descubiertas. Sacavanlos à la verguença, y cada uno de puro roto, llevaba la fuya defuera. Desterraronlos por feys años: yo sali en fiado, por virtud del Escrivano, y el Relator no se descuidò, porque mudò tono, hablò quedo, brincò razones, y mafcò claufulas enteras.

CAPITULO XVIII.

De como tomè posada, y la desgracia que en ella me sucediò.

SAli de la Carcel, hallème solo, y sin los amigos (aunque me avifaron que ivan camino de Sevilla à costa de la caridad, no los quise seguir.) Determinème de ir à una posada, donde hallè una moça rubia, y blanca, miradora alegre, à vezes entremetida, y à vezes entrefacada, y salida. Ceceava un poco; tenia miedo à los ratones; preciavase de manos; y por enseñarlas, siempre despavilava las velas; partia la comida en la mesa. En la Iglesia siempre tenia puestas las manos; por las calles ivan enseñando que casa era de uno, y qual de otro. En el estrado de continuo tenia un alfiler que prender en el tocado. Si se jugava algun juego, era siempre al de pizpitigaña, por ser cosa de mostrar manos. Hazia que boftezava (adrede sin tener gana,) por mostrar los dientes, y hazer cruces en la boca. Al fin toda la casa tenia yà tan manoseada, que enfadava yà à sus mismos

padres. Hospedaronme muy bien en su casa, porque tenian trato de alquilerla, con muy buena ropa, à tres moradores. Fui el uno yo; el otro un Portugues, y un Catalan: Hizieronme muy buena acogida: A mi no pareció mal la moça para el deleite: y lo otro, la comodidad de hallarmela en casa. Di en poner en ella los ojos, contavalas cuentos que yo tenia estudiados para entretener, trayalas nuevas, aunque nunca las huviesse, fervalas en todo lo que era de balde. Dixelas, que sabia encantamientos, y que era Nigromante, y que haria que pareciesse que se hundia la casa, y que se abrafava; y otras cosas, que ellas (como buenas creederas) tragaron. Grangeè una voluntad en todos agradecida, pero no enamorada, q̄ como no estava tan bien vestido como era razon (aunque yà me havia algo mejorado de ropa, por medio del Alcaide à quien visitava siempre, conservando la sangre à pura carne, y pan que le comia) no hazian de mi el caso que era justo. Di, (para acreditarme de rico, que lo dissimulava,) en embiar à mi casa amigos à buscarme, quando no estava en ella. Entrò un primero; preguntando por el Señor D. Ramiro de Guzman (que assi dixè que era mi nombre) porque los amigos me havian dicho, que no era de costa el mudarfe los nombres, antes muy util. Al fin preguntò por D. Ramiro, un hombre de negocios, rico, que hizo aora dos asientos con el Rey. Desconocieronme en esto las huespedas, y respondieron que alli no vivia sino un D. Ramiro de Guzman, mas roto que rico, pequeño de cuerpo, feo de cara, y pobre. Este es (replicò) el que yo digo, y no quisiera mas renta al servicio de Dios, que la que tiene demas de dos mil ducados. Contòles otros embustes; quedaronte espantadas, y èl las dexò una cedula de cambio fingida, que traya à cobrar en mi de nueve mil escudos. Dixolas que me la diesse para que la aceptasse, y fuefe: Creyeron la riqueza la niña, y la madre, y acotaronme luego para marido. Vine yo con gran dissimulacion, y en entrando me dieron la cedula, diciendo: Dineros, y amor mal se encubren (Señor Don Ramiro,) como, que nos esconda vueftra merced quien es, devriendonos tanta voluntad? Yo hize como que me havia disgustado por el dexar de la cedula, y fuyme à mi aposento. Era de veer, como en creyendo que tenia dinero, me dezian que todo me estava bien. Celebravan mis palabras, no havia tal donaire como el mio: Yo, que las ví tan cebadas, declarè mi voluntad à la muchacha, y ella me oyò contentissima, diziendome mil lisonjas. Apartamonos; y una noche (para confirmarlas mas en mi riqueza,) cerrème en mi aposento, que estava dividido del fuyo con un tabique muy delgado; y sacando cinquenta escudos, los contè tantas vezes, que oyeron contar seis mil escudos. Fue esto (de verme con tanto dinero para ellas) todo lo que podia desear; porque se desvelavan por regalarme, y servirme. El Portugues se llamava, Señor Vasco de Meneses, Cavallero de la Cartilla, digo de Christus. Traya su capa de luto, botas, cuello pequeño, y mostachos grandes. Ardia por Doña Berenguela de Rebolledo (que assi se llamava;) enamoravala sentandose à conversacion, y suspirando mas que Beata en Sermon de Quaresma. Cantava mal, y siempre andava

apuntando con el Catalan; el qual era criatura mas triste , y miserable, que Dios crió. Comia (à tercianas) de tres à tres dias , y el pan tan duro, que apenas le podia morder un maldiciente. Pretendia por lo bravo ; y fino era poner huevo, no le faltava otra cosa para ser gallina , porque cacareava notablemente. Como vieron los dos que yo iba tan adelante , dieron en dezir mal de mi. El Portugues dezia, que era un piojoso, picaro defarrapado. El Catalan me tratava de cobarde, y vil, yo lo sabia todo, y à vezes lo oia, pero no me hallava con animo para responder : Al fin la moça me hablava, y recibia mis billetes. Començava por lo ordinario. Este atrevimiento , su mucha hermosura de vueffa merced, dezia lo de me abraço, tratava de penar, ofreciame por esclavo, firmava el coraçon con la faeta. Al fin llegamos à los tues; y yo (para alimentar mas el credito de mi calidad) salime de casa, y alquilè una mula, y arreboçado , y mudando la voz, vine à la posada, y preguntè por mi mismo, diziendo: Si vivia alli su merced del Señor D. Ramiro de Guzman, Señor del Valcerrado , y Vellorete. Aqui vive, respondió la nifia, un Cavallero de esse nombre, pequeño de cuerpo; y por las señas dixè yo que era el, y la supliqué, que le dixesse que Diego de Solorçano, su mayordomo que fue de las Depositarias, passava à las cobranças, y le avia venido à besar las manos. Con esto me fui, y bolví à casa de alli à un rato. Recibieronme con la mayor alegria del mundo, diziendo : Que para que le tenia escondido el ser Señor de Valcerrado , y Vellorete ? Dieronme el recado. Con esto la muchacha se rematò, codiciosa de marido tan rico, y traçò de que la fuesse à hablar à la una de la noche por un corredor, que caia à un texado, donde estava la ventana de su aposento. El diablo, que es agudo en todo , ordenò , que venida la noche , y yo deseoso de gozar de la ocasion , me subí al corredor , y por passar desde èl al texado que havia de ser , vanseme los pies, y doy en el de un vezino Escrivano tan defatinado golpe, que quebrè todas las texas , y quedaron estampadas de mis costillas. Al ruido despertò la media casa , y pensando que eran ladrones (que son antojadizos dellos los deste oficio) subieron al texado. Yo que ví esto, quise esconder detras de una chimenea , y fue aumentar la sospecha ; porque el Escrivano , y dos criados, y un hermano me molieron à palos, y me ataron à vista de mi Dama, sin bastarme ninguna diligencia: Mas ella se reia mucho, porque conio yo la havia dicho que sabia hazer burlas, y encantamientos, pensò que havia caido por gracia , y nigromancia ; y no hazia fino dezirme, que subiesse, que bastava yà. Con esto, y con los palos, y puñadas que me dieron, dava aullidos; y era lo bueno, que ella pensava que todo era artificio, y no acabava de reir. Començò luego à hazer la causa, y porque me sonaron unas llaves en la faltriquera , dixo, y escriviò, que eran gançuas aunque las viò, sin haver remedio de que no lo fuesen. Dixele, que era Don Ramiro de Guzman, y riose mucho. Yo triste (que me havia visto moler à palos delante de mi Dama, y me ví llevar preso sin razon, y con mal nombre) no sabia que hazerme. Hincavame delante del Escrivano de rodillas , y rogavafelo por amor de Dios; y ni por essas, ni por essoras bastava con el à que me dexasse: Todo

do esso passava en el texado, que los tales, aun de las texas arriba, levantan falsos testimonios, dieron orden de baxarme abaxo, y lo hizieron por una ventana que caía à una pieça, que servia de cozina.

CAPITULO XIX.

En que prosigue lo mismo, con otros varios sucessos.

NO cerrè los ojos en toda la noche, considerando mi desgracia, que no fue dar en el texado, sino en las fieras, y crueles manos del Escrivano; y quando me acordava de lo de las gançuas, que dezia haverme hallado en la faltriquera, y las hojas que havia escrito en la causa, echè de ver, que no ay cosa que tanto crezca, como culpa en poder de Escrivano. Passè la noche en rebolver traças; unas vezes me determinava rogarfelo por Jesu Christo; y considerando lo que èl passò con ellos vivo, no me atrevia. Mil vezes me quise desatar, pero sentiamè luego, y levantavase à visitarme los nudos, que mas velava èl en como forjaria el embuste, que yo en mi provecho. Madrugò al amanecer, y vistiose à tal hora, que en toda su casa no havia otros levantados, sino èl, y los testimonios. Agarrò la correa, y bolviome à repassar muy bien las costillas, reprehendiendome el mal vicio de hurtar, como quien tan bien lo sabia. En esto estavamos, el dandome, y yo casi determinado de darle à èl dineros, (que es la sangre con que se labra la dureza de semejantes diamantes,) quando incitados, y forçados de los amorosos ruegos de mi querida, que me havia visto caer, y apalear, desengañada de que no era encanto, sino desdicha; entraron el Portugues, y el Catalan, y en viendo el Escrivano que me hablaban, desembainando la pluma, los quiso espetar al punto por complices en el processo. El Portugues no lo pudo sufrir, y tratòle algo mal de palabras, diziendole: Que èl era Cavallero Fidalgo, de casa del Rey, y que yo era un home muito Fidalgo, y que era bellaqueria tenerme atado. Comengòme à desatar, y al punto el Escrivano clamò con algaçara, resistencia; y dos criados suyos (entre corchetes, y ganapanes) pisaron las capas, y deshizieronse los cuellos (como lo suelen hazer, para representar las puñadas que no ha avido) y pedian favor al Rey. Los dos al fin me desataron, y viendo el Escrivano que no havia quien le ayudasse, dixo: Voto à tal, que esso no se puede hazer conmigo, y que à no ser Vs. mercedes quien son, les podria costar caro. Manden contentar estos testigos, y echen de ver que les sirvo sin interès. Yo vi luego la letra, saquè ocho reales, y díselos, y aun estuve por bolverle los palos que me havia dado; pero por no confessar q̄ los havia recibido, lo dexè, y me fue con ellos; dandoles las gracias de mi libertad, y rescate con la cara rozada de puros moxicones, y las espaldas algo mohinas de los varapalos. Reyase el Catalan mucho, y dezia à la niña que se casasse

conmigo, para bolver el refrán al rebés; que no fuesse tras cornudo, apaleado, sino tras apaleado cornudo. Tratavame de resuelto, y sacudido, por los palos. Traíame afrentado con estos equivocos. Si entrava à visitarlos; tratava luego de varear, otras vezes de leña, y madera. Yo que me ví corrido, y afrentado, y que me iban dando en la flor de lo rico; comencé à tratar de salirme de casa; y para no pagar comida, cama, ni posada (que montava algunos reales,) y sacar mi hato libre, traté con un Licenciado Brandalagas, natural de Hornillos, y con otros dos amigos suyos, que me viniessen una noche à prender: Llegaron la señalada, y requirieron à la huéspedea, que venian de parte del Santo Oficio, y que convenia secreto. Temblaron todos, por lo que yo me havia hecho Nigromantico con ellas: Al sacarme à mi, callaron; pero al ver sacar el hato, pidieron embargo por la deuda; y respondieron, que eran bienes de la Inquisicion. Con esto no chistó alma terrena: dexaronles salir, y quedaron diciendo, que siempre lo temieron: Contavan al Catalan, y al Portugues lo de aquellos que me venian à buscar, y que eran demonios, y que yo tenia familiar: y quando les contava del dinero que yo havia contado, dezian, que parecia dinero; pero que no lo era de ninguna fuerte. Persuadieronse à ello. Yo saqué mi ropa, y comida horra. Di traça, con los que me ayudaron, de mudar de habito, y ponerme calça de obra, y vestido al uso, cuellos grandes, y un lacayo en menudos, dos lacayuelos, q̄ entonces era uso. Animaronme à ello, poniendome por delante el provecho q̄ se me seguiria de casarme con la ostentacion à titulo de rico, y que era cosa que sucedia muchas vezes en la Corte, y aun añadieron, que ellos me encaminarian parte conveniente, y que me estuviessé bien, y con algun arcaduz por donde se siguiessé: Yo negro codicioso de pescar muger, determinème. Vilitè no sè quantas almonedas, y comprè mi adereço de casar. Supe donde se alquilava cavallos, y espetème en uno el primer dia, y no hallè lacayo. Salime à la calle mayor, y pusème en frente de una tienda de jaezes, como que concertava alguno. Llegaronse dos Cavalleros, cada qual en su cavallo. Preguntaronme si concertava uno de plata que tenia en las manos. Yo soltè la presa, y con mil cortesias los detuve un rato. En fin dixeron, que se querian ir al prado à burco; y yo (que fino lo tenian à enfado) que los acompañaria. Dexè dicho al mercader, que si venian alli mis pages, y un lacayo, que los encaminassé al prado: di señas de la librea: metime entre los dos, y caminamos. Yo iba considerando, que à nadie que nos veía era posible el determinar, y juzgar cuyos eran los pages, y lacayos, ni qual era el que no los llevaba. Empecè à hablar muy recio de las cañas de Talavera, y de un cavallo que tenia Porcelana. Encareciles mucho el Roldanesco, que esperaba, que me havian de traer de Cordoua. En topando algun page, cavallo, ò lacayo, les hazia parar, y les preguntava, cuyo era, y tambien dezia de las señales, y si le querian vender. Haziale dar dos bueltas en la calle; y (aunque no la tuviesse) le ponía una falta en el freno, y dezia lo que havia de hazer para remediarlo: y quiso mi ventura, que topè muchas ocasiones de hazer esto.

esto. Y porque los otros iban embobados, y à mi parecer diciendo; quien será este tagarote escuderon? Porque el uno llevaba un Abito en lo pechos, y el otro una cadena de diamantes (que era Abito, y Encomienda todo junto) dixè yo, que andava en busca de buenos cavallos para mi, y otro primo mio, que entravamos en unas fiestas. Llegamos al prado, y entrando saquè el pie del estrivo, y puse el talon por defuera, y empecè à pasear. Llevava la capa echada sobre el ombro, y el sombrero en la mano: Miravanme todos; qual dezia: Este yo le he visto à pie: otro, lindo va el buscon. Yo hazia como que no oia nada, y passèavame. Llegaronse à un coche de Damas los dos, y pidieronme que picardeasse un rato. Dexeles la parte de las moças, y tomè el estrivo de Madre, y Tia: éran las vejeçuelas alegres, la una de cinquenta, y la otra punto menos. Dixelas mil ternezas, y oianme (que no ay muger, por vieja que sea, que tenga tantos años como presumpcion.) Prometilas regalos, y preguntèlas del estado de aquellas Señoras; y respondieron, que donzellas, y se les echava de ver en la platica. Yo dixè lo ordinario, que las viesesen colocadas, como merecian, y agraddoles mucho la palabra, colocadas. Preguntaronme tras esto, que, en que me entretenia en la Corte? Yo les dixè, que en huir de un padre, y madre, que me querian casar contra mi voluntad, con muger fea, y necia, y mal nacida, por el mucho dote. Y yo Señoras quiero mas una muger limpia en cueros, que una Judia poderosa, que (por la bondad de Dios) mi mayorazgo vale al piè de quarenta mil ducados de renta: y si falgo con un pleito que traigo en buenos puntos, no havré menester nada. Saltò tan presto la Tia, ay Señor, y como le quiero bien, no se case sino con su gusto, y muger de casta, que le prometo que con ser yo no muy rica, no he querido casar mi sobrina (con salirle ricos casamientos) por no ser de calidad. Ella pobre es, que no tiene sino seis mil ducados de dote, pero no devo nada à nadie en sangre. Esto creo yo muy bien (dixè yo.) En esto las donzellitas remataron la conversacion, con pedir algo de merendar à mis amigos. Miravase el uno al otro, y à todos tiembla la barba: Yo que vi ocasion, dixè, que echava menos mis pages, por no tener con quien embiar à casa por unas caxas que tenia. Agradecieronmelo, y yo las supliqué se fuesen à la Casa del Campo al otro dia, y que yo las embiaria algo fiambre. Aceptaron luego; dixeronme su casa, y preguntaron la mia; y con tanto se apartò el coche; y yo y los compañeros començamos à caminar à casa. Ellos que me vieron largo en lo de la merienda, aficionaronseme; y por obligarme, me suplicaron cenasse con ellos aquella noche. Hizeme algo de rogar (aunque poco) y cenè con ellos, haziendo baxar à buscar mis criados, y jurando de echarlos de casa. Dieron las diez, y yo dixè, que era plaço de cierto martelo, y que assi me diessen licencia. Fuime, quedando concertado de vernos à la tarde en la Casa del Campo. Fui à dar el cavallo al alquilador, y desde alli à mi casa, donde hallè à los compañeros jugando quinolillas. Contèles el caso, y el concierto hecho, y determinamos embiar la merienda sin falta, y gastar docientos reales en ella.

Acostamonos con estas determinaciones. Yo confieso que no pude dormir en toda la noche, con el cuidado de lo que havia de hazer con el dote; y lo que mas me tenia en duda era el hazer del una casa, ò darle à censo, que no sabia yo, que seria mejor, y de mas provecho para mi.

CAPITULO XX.

En que se prosigue el cuento, con otros sucesos, y desgracias notables.

A Maneciò, y despartamonos à dar traça en los criados, plata, y merienda. Al fin, como el dinero ha dado en mandarlo todo, y no ay quien le pierda el respeto, pagandofela à un repostero de un Señor me diò plata, y la firviò èl, y tres criados. Passòse la mañana en adereçar lo necessario; y à la tarde ya yo tenia alquilado un cavallico. Tomè el camino, à la hora señalada, para la Casa del Campo. Llevava toda la pretina llena de papeles como memoriales, y defabotonados seis botones de la ropilla, y affomados unos papeles. Lleguè, y yà estavan allà las dichas, y los Cavalleros, y todo. Recibieronme ellas con mucho amor, y ellos llamandome de vos, en señal de familiaridad. Havia dicho que me llamava Don Felipe Tristan; y en todo el dia havia otra cosa, fino Don Felipe acá, y Don Felipe allà. Yo comencè à dezir, que me havia visto tan ocupado con negocios de su Magestad, y cuentas de mi Mayorazgo, que avia temido el no poder cumplir; y que assi las pareceria merienda de repente. En esto llegò el Repostero con su jarcia, plata, y moços; los otros, y ellas no hazian fino mirarme; y callar. Mandèle, que fuesse al cenador, y que aderezasse alli, que entre tanto nos ivamos à los estanques. Llegaronse à mi las viejas à hazerme regalos, y holguème de veer descubiertas las niñas; porque no he visto; desde que Dios me criò; tan linda cosa como aquella en quien yo tenia affestado mi matrimonio. Blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos y espeffos, buena nariz, ojos rasgados y verdes, alta de cuerpo, lindas manacas, y çaçofita. La otra no era mala; pero tenia mas defemboltura, y davame sospechas de ozicada. Fuime à los estanques, vimoslo todo; y en el discurso conocí, que la mi desposada corria peligro en tiempo de Herodes por inocente; no sabia; pero como yo no quiero à las mugeres para consejeras, ni bufonas, fino para acostarme con ellas; y si son feas, y discretas, es lo mismo que acostarse con Aristoteles, ò Seneca, y con un libro; procurolas de buenas partes, para el arte de las ofensas; esto me consolò. Llegamos cerca del cenador, y al passar de una enramada prendioseme en un arbol la garnicion del cuello, y desgarròseme un poco. Llegò la niña, y prendiòmela con un alfiler de plata, y dixo la madre, q embiasse el cuello à su casa al otro dia, que allà le adereçaria Doña Ana, que assi se llamava la niña. Estava todo cumplidissimo, mucho q merendar, caliente, y fiambre, frutas, y dulces. Levantaron los manteles, y estando en esto vi venir un Cavallero con dos criados

por la huerta adelante; y quando menos me cato conozco à mi buen Don Diego Coronel. Acercòse à mi, y como estava en aquel habito, no hazia sino mirarme. Hablò à las mugeres, y tratòlas de primas, y à todo esto no hazia sino bolver à mirarme. Yo me estava hablando con el repostero; y los otros dos, que eran sus amigos estavam en gran conversacion con él. Preguntòles (segun se echò de ver despues) mi nombre, y ellos dixeron: Don Felipe Tristan, un Cavallero muy honrado, y rico: Vuíale yo santiguarse. Al fin delante dellas, y de todos se llegó à mi, y dixo: Vuéssa merced me perdone, que por Dios que le tenia, hasta que supe su nombre, por bien diferente de lo que es, que no he visto cosa tan parecida à un criado que tuve en Segovia, que se llamava Pabillos, hijo de un Barbero del mismo lugar. Rieronse todos mucho, y yo me esforcè para que no me desmintiesse la color, y dixele; que tenia deseo de veer aquel hombre, porque me havia dicho infinitos que le era parecidissimo. Jesus (hazia el Don Diego) como parecido? el talle, la habla, los merceos, no he visto tal cosa. Digo Señor, que es admiracion grande, y que no he visto cosa tan parecida. Entonces las viejas, Tia y Madre dixeron, que como era possible que un Cavallero tan principal se pareciesse à un picaro tan baxo como aquel: y (porque no se sospechasse nada dellas) dixo la una: Yo le conozco muy bien al Señor Don Felipe, que es el que nos hospedò por orden de mi marido en Ocaña. Yo entendi la letra, y dixele; que mi voluntad era, y seria servir las con mi poca posibilidad en todas partes. El Don Diego se me ofreció, y pidió perdon del agravio que me havia hecho, en tenerme por el hijo del Barbero, y añadia: No lo creera vuéssa merced su Madre era hechizera, su Padre ladron, y su Tio verdugo, y él el mas ruin hombre, y el mas mal inclinado, que Dios tiene en el mundo. Que sentiria yo, oyendo dezir de mi en mi cara tan afrentosas cosas? Estava (aunque lo dissimulava) como en brasas. Tratamos de venirnos al lugar; yo y los otros dos nos despedimos, y Don Diego se entrò con ellas en el coche. Preguntòlas, que que era la merienda, y el estar conmigo? y la Madre, y Tia dixeron, como yo era un Mayorazgo de tantos ducados de renta, y que me queria casar con Anica, que se informasse, y veria era cosa no solo acertada, sino de mucha honra para todo su linage. En esto passaron el camino hasta su casa, que era en la calle del Arenal, à San Felipe. Nosotros nos fuimos à casa juntos, como la otra noche; pidieronme que jugasse, codiciosos de pelarme, yo enténdiles la flor, y sentème. Sacaron naypes (eran hechizos, como pasteles) perdi una mano, di en irme por abaxo, y ganèles cosa de trezientos reales, y con tanto me despedi, y vine à mi casa. Topè à mis compañeros, Licenciado Brandalagas, y Pero Lopez, los quales estavam estudiando en unos dados tretas flamantes; en viendome lo dexaron, por preguntarme lo que me havia sucedido: no les dixele mas, de que me havia visto en un grande aprieto. Contèles como me havia topado con Don Diego, y lo que me havia sucedido; consolaronme, aconsejando que dissimulasse, y no desistiesse de la pretension por ningun camino, ni manera. En esto supimos que se